

REVISTA DE PRENSA

«El País»:
«Redondo
se despiden»

«**A**l despedirse como máximo dirigente de la UGT, en el 36 congreso de esa central, que se clausura mañana, Nicolás Redondo puede exhibir una limpia trayectoria de sindicalista y demócrata. No todo el mundo puede decir lo mismo, y sería mezquino negar ese reconocimiento a un hombre cuya vida ha estado marcada por esa doble condición desde su adolescencia, cuando se afilió, en 1945 a una UGT clandestina, que desde ese día hasta el de la legalización de los sindicatos fue detenido en 14 ocasiones, y que durante las dos últimas décadas ha sido la cabeza visible del sindicato fundado por Pablo Iglesias.

A consecuencia de esa ideologización antigubernamental posterior al 14-D, la Dirección ugetista tardó en comprender que la batalla del empleo —que formalmente consideraba prioritaria— era inseparable de la de la competitividad, y que ésta es incompatible con el crecimiento imparable del gasto social. La consecuencia ha sido una relativa incapacidad para trasladar al terreno de la concertación social —con el empleo como objetivo— y de la negociación de los convenios la capacidad de movilización. Pero incluso ésta ha acabado resistiéndose: si la huelga general es el último cartucho, no se puede utilizar al ritmo de una cada año y medio, como se demostró el 27-E.

«Diario 16»:
«Roldán
y la
opinión
pública»

«**R**OLDAN es ahora un hombre acosado por el juicio que su gestión merece, que se ha quedado solo y se niega a la desesperada a dar explicaciones sobre su conducta alegando que ya lo hará en el lugar oportuno. Esa alegación es infundada, porque el Parlamento es, para un cargo público de designación directa, un



(Mingote, en «Abc»)

lugar tan oportuno como el juzgado de guardia. Lo que tiene que cambiar es el tono. Si estos cargos sólo tienen responsabilidad civil y penal, pero no política, ¿cuál es el sentido del concepto de "responsabilidad política", medular en una democracia? Y "ser responsable", ¿no es responder de lo que se ha hecho?».

«El Mundo»:
«El tortuoso
camino a
la democracia
de Japón»

«**E**L "cambio del" "cambio" de la política japonesa apenas ha tenido tiempo de nacer. A los ocho meses de ser elegido primer ministro, Morihiro Hosokawa dimitió ayer por su responsabilidad en dos escándalos financieros: el colmo de la ironía en un hombre que llegó a presidir el Gobierno con la bandera de la lucha contra la corrupción. No ha sabido o no ha podido responder a las acusaciones de haber recibido sobornos de una compañía de transportes, en 1982, para financiar su campaña electoral.

La crisis de Gobierno no podía llegar en peor momento. La amenaza de nuclearización de Corea del Norte está rompiendo todos los esquemas de la seguridad japonesa. Las relaciones con los Estados Unidos se encuentran empantanadas. Las reformas políticas aprobadas en fe-

brero son mucho menos radicales de lo que la mayor parte de los electores japoneses esperaba. Los Presupuestos están bloqueados en el Parlamento y la economía, sumida en una profunda recesión.

Un vacío político como el que se abre ahora en Japón no beneficia a nadie y supone un factor de desestabilización en las relaciones internacionales y, especialmente, en la economía mundial. Japón es la mayor potencia industrial del planeta y su recuperación —como la de Alemania— es indispensable para apuntalar la reactivación que ya se percibe en los EE. UU., con el que mantiene un duro y largo contencioso comercial».

«Abc»:
«Odios
africanos»

«**L**O que lisa y llanamente se suscita en Ruanda y puede mañana mismo plantearse también en Burundi es un problema de masiva y atroz violación de los derechos humanos, incluido el propio derecho a la vida. ¿Reducirán sólo las potencias occidentales el perfil de su respuesta a la consideración del riesgo que están corriendo allí, entre la inerte población civil, sus centenares de nacionales, o, por el contrario, desde Bruselas, al propio Nueva York, la Unión Europea y las Naciones Unidas impulsarán, en

términos de dramática urgencia, cuantas actuaciones sean necesarias para desembocar en una intervención militar pacificadora? Tampoco debe perderse de vista el valor de ilustración y de ejemplo que tiene la tragedia de Ruanda, como conflicto esencialmente étnico, sobre los peligros que pueden afrontarse en Suráfrica si se llega al "apartheid", tras las próximas elecciones, sin acuerdo previo entre xhoxas y zulúes».

«Ya»:
«Solbes,
otra vez»

«**E**L ministro de Economía, Pedro Solbes, ha vuelto a alarmar a las capas sociales más preocupadas por su seguridad. Si hace algo más de un mes el ministro levantaba el pánico declarando que el Gobierno se consideraba incapaz de garantizar las pensiones de los que se jubilen dentro de quince o veinte años, ahora amenaza con la necesidad de que a los trabajadores se les retenga más dinero para atender las enormes cargas que padece la Seguridad Social.

Realista, hemos dicho, dada la situación casi de bancarrota que principalmente la política del Gobierno ha llevado al país; pero, aún así, no es realismo comparar los niveles de cotización actual de los trabajadores españoles con la de los países ricos de la UE».

Tribulaciones
de la tribu

Por Ernesto SALANOVA

HE aquí que, en su último libro, titulado «Las palabras de la tribu», Francisco Umbral ha revisto y ha resituado a su clan, el literario, de una manera que, no por ser absolutamente umbraliana, esto es, provocadora, tribuladora y agiotística, deja de ser, para él, sentida, verdadera y honrada, a la luz de su insobornable entendimiento, de su experiencia (como literato) y de su razón de vida, largamente entregada a la estética, a la paradoja wildeana, al hallazgo estilístico y a la metáfora brillante.

Ya anda, don Francisco, por los alrededores de la edad sexagenaria. Ya ha escrito millaradas de artículos, y puede que centenares de libros, malos, buenos, audaces, profundos, destructivos, desdenosos, corrosivos, malvados y, a veces, hasta cursis, que de tal jocoso adjetivo se viste el que, siendo, hasta el corvejón, manchego, da en figurarse que respira el aire de los predios «maudits» de Baudelaire, de Rimbaud de Verlaine, de Nerval o de Villiers de l'Isle Adam, cuando transita por entre las castañeras de la Puerta del Sol, de Madrid.

Pero, dejando de lado este tirón de acanto y de canéfora (que Umbral debe de considerar tan «dandy» como su célebre —en Madrid, y en la Puerta del Sol— bufanda roja de paseo) el memorialista de «Las palabras de la tribu» pasa revista, en dicho libro, a todos, o a casi todos, los escritores hispánicos del siglo XX, empezando por Rubén Darío (al que exalta) y acabando por Cela (al que glorifica). No sin que antes, en el prólogo del volumen (que él llama «atrio») se exprese con un evidente sarpullido de sinceridad, diciéndolo: «Yo he vivido más en la literatura que en la vida, de modo que tenía pendientes estas memorias..., para quedarme en paz espiritual y literaria conmigo mismo». A lo que añade, más abajo: «Yo jamás querría hacer unas memorias objetivas. Horror. Hablo de los libros que me han ido formando en esta vida, o deformando, que es mejor, y de los autores que he amado. También hablo de los aburridos, los falsos valores y los coñazos, pero con cierta piedad, espero». (Sin esperanza, claro, al decir, por ejemplo, de Pérez de Ayala, que «su olvido es justísimo» y que «La Regenta», de «Clarín» —autor al que llama jibaro y provinciano, «preso de su mala musa ovetense»— es una «Madame Bovary pasada por el Gaitero de Sixión» (sic)), por lo cual viene a ser cierto que estas memorias franciscanas son las de un escritor que, según va y remacha, «en el otoño de su vida, como diría el cursi de Benavente, quiere dejar constancia de sus amores y desamores definitivos».

El libro, desde luego, deja estampada esa impronta. Desde su risotero y, a la vez, ríspido estilismo umbraliano, Umbral fumiga amores y ascos, cargado, el hombre, de ronqueras, de miopías y de adoloridos sentires. No acaba de quererle la Academia, por más que Cela le engrase los goznes del portón. No le quiere el «Abc», que le premia con el Cavia, pero que le repudia de sus prensas, porque él, Francesillo, no está hecho de sepia y monarquismo, como el periódico de los Luca de Tena. No encajan, allí, el taco y el estilismo golfo de Umbral que, si cambiase, como podría y sabe, ya sabe, también, que moriría Umbral, la cosa, la firma, la bufanda. El vive para escandalizar a su tribu, a sus lectores, a sus colegas. El minusvaloriza, de oficio, como debe, y denigra, y apazguata —en su libro— a los excelentes escritores de prosa espesa y convencional que han sido y que son, tales que Galdós, «Clarín», Ayala, «Azorín», Chacel, Baroja y, por supuesto, a todo el exilio, en bloque, y no por los méritos o deméritos de cada quisque, sino por haber gozado de las sinecuras del exodo y por haber vuelto a regalarle, sin idea del país que reencontraban, con las prebendas que su amuerado país les ofrecía. Y él aplaude y celebra, por contra, a todos «los inventores de realidad», capaces de geniales malabares con malhumor, como Valle, Unamuno, Ramón, d'Ors, Juan Ramón, César, Neruda, Alberti y, curiosamente, pero ¡naturalmente!, a casi todos los escritores que tuvo la Falange (hinchidos de estilo y de grandiosas minimidades), como Foxá, Montes, Cunqueiro, García Serrano, Giménez Caballero, y etcétera.

He de decir, aquí, de paso, que hay, para mí, en la tribu, cuatro clases de escritores. En una de ellas están, pienso yo, todos aquellos que son legión, y que escriben mal. En otra, la segunda, digamos, se encierran los escritores correctos, los legibles, que redactan con propiedad y que uno ya sabe, cuando hacen punto y aparte, lo que va a seguir. En otra, la tercera, están los buenos escritores, los que tienen ideas, y estilo propio, e innovan y sorprenden. En la cuarta, muy exigua, no se estorban los genios.

Umbral da nombres. Hace calificaciones literarias, y no literatura, ni crítica literaria, para la que, por cierto, está incapacitado. También hace frases, que es lo suyo. Su caligrafía, digamos que punzante, atribula, hiere e irrita los conventos, los castros y los espacios tribales de la república de las letras, poco aptos, todos ellos, en verdad, para la cata de oricios... Pero, vendida la edición del panfleto, todo el mundo se distiende, lo olvida, y se embebe en su propio ritual de tinta y de ficción, hasta otra. Ya huele a primavera. Mientras el grueso cuerpo civil español se emplea en sus asuntos (que, por supuesto, no son los de la tribu) las instituciones culturales del país ya vienen, ya, de premiar a sus vates (incluso a los que saben escribir) repartiendo, entre ellos, con buen tino, sus hermosas alubias de oro, y también, naturalmente, la espléndida e incesante risa africana de doña Carmen Alborch.

AVENTURAS DE PEPIN DE CELES

